

# LA POLÍTICA DE LA INDIGNACIÓN Y LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

## INTRODUCCIÓN

**C**on motivo de las acampadas y ocupaciones del llamado movimiento del 15 de mayo, la crisis de la socialdemocracia ha entrado en una nueva fase. A la pregunta agónica sobre si la socialdemocracia debía perseverar en un programa de modernización –que la enajenaba el apoyo de sus electores tradicionales–, o regresar a un discurso populista –que se los devolviera–, se ha unido un fenómeno mediático de perfiles antipolíticos frente al que no sabe cómo reaccionar maximizando su ganancia. La socialdemocracia española querría estar agitando la bandera del populismo con los que ocupan las calles, pero tiene el problema de encontrarse con la responsabilidad del gobierno. Frente a este dilema de hacer un discurso de oposición, que no es creíble por ser el responsable de las decisiones políticas, o gobernar con todas las consecuencias, su opción ha sido reaccionar culpando a la oposición de las decisiones más impopulares adjudicándoselas a su presunta ideología y anticipando que, caso de ganar las elecciones, radicalizaría estas medidas. En este artículo señalamos la situación de la socialdemocracia en Europa y los dilemas a los que se en-

---

Ángel Rivero es profesor titular de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Autónoma de Madrid. Autor del libro *La Constitución de la Nación*. Gota a Gota 2011.

Jorge del Palacio Martín es doctor en Ciencia Política. Licenciado en Filosofía. Becario FAES 2011.

frenta; explicamos cuáles son las opciones que tiene a su alcance: el populismo o la modernización; detallamos en qué consiste ideológicamente la política de la indignación y cómo afecta a la socialdemocracia española; apuntamos cómo se ha intentado revertir la indignación en España a favor de la socialdemocracia y del Gobierno de Zapatero; y, por último, explicamos por qué el socialismo español ha tomado un giro reaccionario frente a sus dificultades ideológicas.

## **LA SOCIALDEMOCRACIA Y LA POLÍTICA EUROPEA**

Desde que comenzara la crisis económica de 2008, se ha convertido en un lugar común hablar de la crisis política de la socialdemocracia europea. Esta crisis tiene su manifestación más evidente y llamativa en la pérdida de poder político y de afiliación de dichos partidos que, en relación a la hegemonía que habían ostentado en la Europa de posguerra, muestran hoy una decadencia que pareciera imparable. La socialdemocracia como forma de gobierno monocolor es una rareza de la Europa meridional y además una especie amenazada. En Portugal acaba de ser derrotada de forma humillante en las elecciones legislativas del 5 de junio de 2011. Ya sólo gobierna en dos países, uno de ellos intervenido por el directorio europeo (Grecia), y el otro, casi también, de forma indirecta (España). Cada uno de estos casos representa una realidad distinta, pero se puede afirmar, sin ninguna duda, que la resurrección de la socialdemocracia no se producirá en ninguno de estos lugares.

Grecia es el único país en el que la socialdemocracia ha ganado unas elecciones legislativas en estos tres últimos años, cuando el Pasok de Papandreu, en 2009, triunfó por mayoría absoluta. Ese año la crisis se hizo incontrolable en Grecia y dio lugar a una corriente de descontento que capitalizó la socialdemocracia con la promesa de redistribuir la riqueza del país. Sin embargo, el descubrimiento del falseamiento que de las cuentas públicas había hecho el partido conservador Nueva Democracia puso al descubierto la quiebra económica del país, hundió su credibilidad internacional y obligó a Papandreu a unas draconianas políticas de ajuste que han pulverizado su popularidad. La socialdemocracia griega pagará un precio

altísimo por gestionar la crisis económica y, probablemente, el sistema político griego quedará profundamente transformado.

Portugal, gobernado por el primer ministro José Sócrates, falto de una mayoría parlamentaria para aprobar su cuarto plan de ajuste económico para enfrentar la crisis, decidió pedir la intervención europea y convocar elecciones el pasado 5 de junio. Paradójicamente, Sócrates no asumió ninguna responsabilidad por la situación económica del país. Todo lo contrario, responsabilizó de la necesidad del rescate económico a la oposición, y lo que es más, se volvió a presentar como candidato por el Partido Socialista. Ciertamente, las encuestas no le eran desfavorables (se hablaba de un 30% de apoyo, en situación de empate técnico con el principal partido de la oposición, el PSD de Passos Coelho). Su estrategia electoral pasaba por presentarse como el “defensor de Portugal” (*Defender Portugal* era el lema de su campaña) ¿Defender Portugal frente a quién? Frente a todos aquellos que, faltos de sentido de Estado, han puesto a Portugal en esta situación de dependencia. En su discurso fue central la búsqueda de los culpables de la situación de Portugal y de allí se sigue la exigencia de que las elecciones depuren su responsabilidad (y no la del Gobierno). Así es como iniciaba su programa electoral:

“La cuestión clave es la de la responsabilidad política. En septiembre de 2009, los portugueses afirmaron y renovaron democráticamente su confianza en el partido socialista para gobernar Portugal, y lo hicieron encargando al P.S. que gobernara una nueva legislatura desde 2009 a 2013. Sin embargo, esa legislatura fue abruptamente interrumpida antes de la mitad de su desarrollo normal. En marzo de 2011, la convergencia de todas las fuerzas de la oposición llevó al parlamento a rechazar la actualización del programa de estabilidad y crecimiento, cuyas líneas de orientación habían sido presentadas por el Gobierno a las instituciones europeas, de las que había recibido apoyo unánime. La alianza contra natura de la derecha y la extrema izquierda parlamentarias provocó la dimisión del Gobierno, hundiendo al país en una crisis política totalmente evitable y totalmente inoportuna. Las consecuencias de esta enorme irresponsabilidad política (motivada únicamente por el ansia de llegar a toda costa al poder) fueron inmediatas y gravísimas. Los intereses de la deuda soberana se dispararon y las agencias de calificación bajaron drásticamente los ‘ratings’ de la República, del sistema financiero y de importantes empresas públicas. Por-

tugal se vio obligado a solicitar a las instituciones europeas un programa de asistencia financiera externa. Es clara, por tanto, la cuestión de la responsabilidad”.

Ciertamente, se puede discutir si Passos Coelho obró con inteligencia electoral no apoyando al Gobierno en esta cuarta ocasión. Dicho sea de paso, Sócrates había exigido la aprobación de su plan a la oposición con la amenaza de desencadenar una crisis política, como hizo. Es más, en los mentideros políticos portugueses se comenta que João Duraõ Barroso, presidente de la Comisión Europea, correligionario de partido de Passos y antiguo primer ministro, le había sugerido al líder de la oposición que apoyara el plan Sócrates porque la intervención de Portugal era inevitable y debía quedar claro que se produciría como resultado de la incompetencia política de Sócrates. La oportunidad o no de la decisión de Passos Coelho se sustanció el pasado 5 de junio. El PSD del líder de la oposición ganó ampliamente al Partido Socialista de José Sócrates. Lo que ya se puede adelantar con seguridad es la fragmentación del mapa político portugués, que producirá una situación sin partido dominante donde el resultado más probable es un Gobierno de los dos grandes partidos de la derecha (PSD y CDS-PP). Si esta coalición de gobierno se consolidara, entonces el PS se encontraría acosado por el populismo de la izquierda portuguesa (PC y BE) y privado del centro político que otorga el ejercicio del gobierno. Su situación será entonces muy difícil: o competir en populismo con el PC y el BE, lo cual quebraría su credibilidad, o ejercer el tipo de responsabilidad que hasta ahora pedía a la oposición: apoyar al Gobierno. Lo que le desdibujaría como partido de oposición. Además, tanto la extrema izquierda como el PSD y el CDS no dejarán de recordarle su responsabilidad por la situación del país. El PS se encamina a un tiempo difícil, pues se encuentra en el dilema de alinearse con la extrema izquierda antisistema en la crítica al Gobierno o, ejerciendo esa responsabilidad que exigía a la oposición, apoyar al Gobierno de derechas.

En España, intervenida de hecho desde el 9 de mayo de 2010 por medio de unas llamadas perentorias de la canciller alemana Angela Merkel, del presidente americano Barack Obama y del presidente de la República Popular China, la situación de la socialdemocracia no es mejor. En términos

electorales acaba de sufrir, el día 22 de mayo, los peores resultados en unas elecciones autonómicas de su historia y los peores resultados en unas municipales desde 1979. Como en el caso portugués, el Gobierno de Zapatero ha negado tener responsabilidad alguna en la situación económica del país y ha repercutido esta responsabilidad sobre la oposición (que “no ha arriado el hombro” y se ha dedicado a poner obstáculos) y sobre los especuladores del capitalismo internacional (los inversores que sufragaban la deuda española). Para el presidente del Gobierno, es la crisis económica, que se resistió a reconocer durante dos años, la responsable de la bancarrota electoral socialista. Al parecer, los electores habrían castigado al PSOE por una responsabilidad que no le correspondía. Esta situación hace que dentro de la franquicia española de la socialdemocracia se comience a plantear un debate que comenzó hace al menos dos años en Europa. Este debate puede sintetizarse en una única pregunta: ¿debe la socialdemocracia perseverar en la modernización iniciada por el proyecto llamado Tercera Vía o, por el contrario, debe volver al discurso populista de los partidos obreros del socialismo europeo decimonónico?

En lo que se refiere a la socialdemocracia europea, la discusión entre modernizadores y populistas comenzó en 2009. En relación a la socialdemocracia española, la discusión también se inició ese año, ha proseguido durante el 2010 y parece estar llegando a una conclusión en 2011: es necesario abandonar la Tercera Vía. Ahora bien, ¿qué alternativa hay a la Tercera Vía? Para contestar a esta pregunta vale la pena volver sobre un hecho aparentemente menor, pero significativo, que ocurrió justo antes de las elecciones municipales y autonómicas del 22 de mayo de 2011.

El viernes 8 de abril de 2011, al mediodía, el aula GIII de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid estaba llena de una multitud de políticos, profesores y estudiantes que esperaban conocer el futuro de la socialdemocracia por boca de dos reputados asesores internacionales de José Luis Rodríguez Zapatero. Uno de ellos, Wolfgang Merkel, profesor de Ciencia Política de la Universidad Humboldt de Berlín e investigador del WZB (Centro de Investigaciones Sociales de Berlín), tiene una larga trayectoria como estudioso y asesor de la socialdemocracia europea. El otro, Philip Pettit, un filósofo irlandés profesor de Política

y Valores Humanos en la Universidad de Princeton, había desarrollado una larga carrera por distintas universidades hasta que fue llamado como asesor por Rodríguez Zapatero. Para Merkel, la socialdemocracia es un objeto de estudio que puede medirse y compararse de distintas maneras, de modo que podemos saber si crece, declina o desaparece. Pettit no es un estudioso de la socialdemocracia; fue llamado por Rodríguez Zapatero para que le proporcionara los principios desde los que articular las políticas de su programa de gobierno. Para el presidente del Gobierno, hacer política de principios es tener una filosofía y esto era lo que le habría de proporcionar el republicano irlandés. Aunque Pettit titubeó al principio –quizás recordara la suerte de Platón como consejero–, una vez Zapatero llegó al poder aceptó gustoso el ofrecimiento y después evaluó al alumno: sacó las mejores calificaciones.

El acto había sido organizado por la Fundación Ideas, del PSOE, y tenía un aire ambiguo entre la conferencia y el mitin político. Esto es, aunque el tema invitaba a una reflexión sobre la situación de los partidos socialdemócratas confrontados con su constante declive electoral y de afiliación en el mundo occidental, no parecía que los organizadores tuviesen la pretensión de limitarse a certificar la muerte de la socialdemocracia sino, más bien, la de mostrar al público allí reunido que todavía había un futuro. Esto, claro es, no forma parte del análisis de la realidad sino de la voluntad expresa de los ponentes y de su deseo de animar a una audiencia que, al menos Pettit, suponía socialdemócrata.

Pero puesto que el presente de la socialdemocracia es más bien sombrío, al haber ido perdiendo uno a uno todos los gobiernos que tenía hasta refugiarse en los frágiles bastiones portugués, español y griego, el aire de final de una historia y de clausura estuvieron presentes en las intervenciones de los ponentes y en las caras de preocupación de los políticos presentes.

Este aire de final anunciado era explícito y dominante en el discurso de Merkel. Con los datos en la mano, el futuro de la socialdemocracia apunta a la desaparición o, en el mejor de los casos, a una mudanza radical, cambio de marca incluido. En Pettit, por el contrario, el tono era mesiánico y ciertamente apropiado por la esperanza de la resurrección en vísperas de

la Semana Santa. La historia política es también la guerra del bien y del mal. El pueblo tiene motivos, nos decía, para el enfado por las dificultades que atraviesa en el presente. Pero el paro, la bajada de sueldos, la limitación de las pensiones, el retraso en la jubilación y todas las plagas que nos azotan no son responsabilidad del Gobierno (socialdemócrata). Enfadaos, decía el republicano irlandés, pero no descarguéis vuestra ira sobre los buenos (los socialdemócratas) sino sobre los malos (los conservadores). Los primeros, en todo caso, son culpables de ingenuidad por no haber sometido a los especuladores, capitalistas, etc., al control de un Estado fuerte. No puede ser, por tanto, que la ira del pueblo se descargue sobre los justos sino que debe dirigirse a los malvados. Así pues, en la prédica del antiguo seminarista la política es un combate entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, en el que estas últimas intentan confundir y engañar a los incautos para realizar sus perversos fines. La socialdemocracia resucitará cuando los malvados que confunden al pueblo sean desenmascarados.

Ciertamente los discursos de los dos ponentes no podían ser más opuestos. Mientras Merkel hablaba del futuro de la socialdemocracia en términos de puro cálculo electoral y el objeto de su análisis era la estrategia que los partidos socialdemócratas debían realizar para maximizar su poder y alcanzar el gobierno, Pettit nos devolvía a la épica de la lucha de clases donde la avaricia de los codiciosos ilumina la conciencia de los oprimidos y los dirige hacia la salvación terrena: ahora el cielo se llama socialdemocracia.

Pero la diferencia entre Merkel y Pettit no sólo era llamativa en relación al tono y al estilo de sus discursos. Lo cierto es que hablaban de cosas radicalmente distintas. La socialdemocracia es una etiqueta resultado de la experiencia política y no de un dogma ideológico. Es por tanto ambigua y eso explica que existan partidos socialdemócratas de izquierda y de derecha. Sin embargo, hay al menos dos sentidos más precisos del término: uno refiere a los partidos socialistas que aceptaron siquiera de facto la democracia liberal y la economía de mercado. Esto es, socialdemocracia refiere aquí a los partidos de izquierda con vocación de gobierno en la Europa occidental.

Pero socialdemocracia refiere también, en segundo lugar, a una edad arcádica en la conciencia europea occidental que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta los años 70 y la crisis del petróleo. Esos treinta años de la historia europea se llamaron el consenso de posguerra, también conocido como el consenso *socialdemócrata*. Lo característico de aquel momento fue la construcción de un Estado de bienestar en el que la democracia liberal, el mercado y la seguridad social se conciliaban de forma armónica. La arcadia llegó a su fin con la estancación y con el duro invierno del descontento, de 1978–1979, que acabó con el Gobierno laborista de James Callaghan en el Reino Unido. Pettit, que había nacido en 1945, vivió su infancia y su juventud en ese mundo.

Cuando Merkel hablaba del futuro de la socialdemocracia lo hacía en el primero de los sentidos reseñados, de los partidos socialdemócratas, no de una edad arcádica a la que debamos regresar. Para alguien como Merkel, que ha sido uno de los forjadores del discurso de la Tercera Vía de la socialdemocracia europea y asesor de Tony Blair y de Gerhard Schröder, convertir la socialdemocracia en una utopía sería difícil de explicar. Merkel fue, hace casi 15 años, uno de los animadores de la modernización de la socialdemocracia y sigue siendo un modernizador. Entonces eran otros tiempos. Cuando se publicó el manifiesto “Europe/The Third Way/Die Neue Mitte” de Blair y Schröder, en 1999, la socialdemocracia gobernaba en casi toda Europa, salvo en España y poco más. Ahora no gobierna en casi ningún lugar del mundo, salvo en España y Grecia. Entonces el grueso del manifiesto estaba dedicado al abandono de los viejos dogmas de la socialdemocracia y a la profundización en la competitividad, la iniciativa y el desarrollo de una economía de mercado alentada por la globalización. Hoy, allí donde todavía gobierna la socialdemocracia, en los tres países referidos, tiene que aplicar las dolorosas medidas de ajuste resultado de la crisis económica del capitalismo financiero. El abismo de la bancarrota económica conduce a la socialdemocracia a la bancarrota electoral. Ni una ni otra las puede dar por descartadas.

Merkel sigue siendo un modernizador aunque ahora en su discurso hay poco margen para la esperanza. En lo sustancial, su discurso es el mismo que el defendido por la Tercera Vía salvo algunas correcciones sobre los

efectos perversos y no previstos de la globalización. Esto es, sigue defendiendo la eficacia del mercado, la importancia del mérito para la movilidad social y de la educación como la principal provisión que debe realizar el Estado para alcanzar la justicia social.

El problema es, sin embargo, que este discurso es el que ha hecho a los socialdemócratas encontrarse en una posición difícil electoralmente. Por un lado, la derecha se siente más cómoda en relación a las políticas eficaces de gestión, de modo que las clases medias les otorgan su apoyo. De otra parte, el electorado obrero tradicional de la socialdemocracia o se ha evaporado por el cambio social u otorga su apoyo a los partidos de la extrema derecha o de la extrema izquierda. A los primeros porque los trabajadores europeos, acostumbrados a ser receptores pasivos de derechos sociales, culpan a los inmigrantes de su recorte; a los segundos porque el discurso populista de la lucha de clases es más verosímil en los partidos anti-sistema que en un partido con vocación de gobierno. Para Merkel, en suma, la socialdemocracia podría desaparecer si no es capaz de ofrecer un programa moderno que se adapte a las nuevas circunstancias y que alcance a nuevos electores.

Pero para Pettit, socialdemocracia no hace referencia a un partido político y su futuro no está ligado al desempeño electoral del mismo. Socialdemocracia es la utopía del bienestar. En su concepción, es algo que tenemos, o que teníamos, y que no podemos permitir que nos arrebaten los malvados. En Pettit no hay espacio para el cálculo electoral, ni para cuestiones sobre cómo se gestiona económicamente, de forma eficaz, la provisión privada o pública de bienestar. Lo que hay son enemigos ideológicos. Así, en su narración, el consenso de posguerra no se rompió por su colapso económico y social sino que el único culpable fue la ideología del neo-liberalismo, que se aplicó a su destrucción. Fue la ideología y no la realidad económica y social la que acabó con la arcadía de la posguerra europea. Así, hoy como ayer, los ricos, nos dice Pettit, quieren acabar con los impuestos y de este modo desprestigiar y desmontar el Estado de bienestar. Frente al análisis de la realidad social y económica pero también electoral, Pettit prefiere el lenguaje mesiánico del bien y del mal como forma de dar futuro a la socialdemocracia.

Ahora bien, habría que recordar a Pettit que cuando el profeta de la lucha contra el capitalismo es quien administra el duro jarabe del desempleo, la recesión, el recorte de salarios y pensiones, el retraso en la edad de jubilación y la anulación de una constelación de ayudas y subsidios más o menos populistas, su credibilidad queda en entredicho. Porque entonces la utopía de la socialdemocracia es desmontada por aquellos que se llenan la boca con su defensa. Cuando esto ocurre no sólo la contradicción o la hipocresía limitan la credibilidad del mensaje, sino que la socialdemocracia, como partido político que quiere ser Gobierno, se hunde con más profundidad en la decadencia y en lugar de colocarse en la posición de anunciar la resurrección, acabará por escribir su epitafio. La socialdemocracia lo tiene muy difícil como partido que se moderniza para acomodarse a circunstancias cambiantes, pero lo tiene mucho más difícil si habla el lenguaje del populismo mesiánico, porque su discurso es su refutación.

## LA POLÍTICA DE LA INDIGNACIÓN

Sin embargo, el populismo de Pettit y su llamamiento a que los jóvenes manifiesten su ira contra los verdaderos culpables de la situación presente –las fuerzas ocultas, las fuerzas codiciosas y malévolas del capital que actúan mediante emisarios disfrazados de corderos– no es una posición personal del filósofo republicano irlandés. Todo lo contrario. Es parte de un discurso más amplio que va extendiéndose en la socialdemocracia europea y que encuentra su origen en el panfleto del proyecto militante del PS francés Stéphane Hessel. Éste, como Pettit, dirige a los jóvenes el imperativo de que se indignen y de que conviertan esa indignación en un motivo de acción política dirigida contra los culpables de los males sociales del presente.

Hay quien considera que llamar panfleto al texto de Hessel es una forma derogatoria de dirigirse al mismo. Sin embargo, en la edición española, se trata de un texto de sesenta páginas en formato pequeño de las cuales treinta están escritas por Hessel y el resto por otros indignados. El mensaje es muy simple y consiste en un único imperativo: ¡Indignaos! –*Indignez-vous!*–. Publicado originalmente en Francia en diciembre de 2010, desarrolla un argumento muy básico que se sustancia en tres ideas: a) el motivo de la

resistencia es la indignación; b) hay dos visiones de la historia: como progreso y como catástrofe; c) la indiferencia es la peor de las actitudes. Detrás de esta trilogía de consignas a) se capitaliza el patrimonio moral de la Resistencia francesa frente al fascismo que se entiende como resultado de la indignación; b) se afirma una historia del progreso y del desarrollo de la libertad cuyo fundamento es la indignación frente a lo existente, y se contrapone a la visión de la historia como un rosario de tragedias; y c) se hace un llamado imperativo a que los jóvenes se indignen: “A los jóvenes les digo: mirad a vuestro alrededor, encontraréis los hechos que justifiquen vuestra indignación –el trato a los inmigrantes, a los sin papeles, a los gitanos–. Encontraréis situaciones concretas que os llevarán a emprender una acción ciudadana fuerte. ¡Buscad y encontraréis!” (p. 35). Hessel apela a los tiempos moralmente fáciles de la lucha contra el fascismo, donde no había duda de qué representaba el bien y qué el mal y reconoce la dificultad de encontrar con la misma claridad, hoy día, el objeto de nuestra indignación.

Sin embargo conmina a los jóvenes a buscar tal objeto hasta alcanzar a indignarse. También apela a la insurrección, animado por la esperanza de que, si no acumulamos demasiado odio, nuestra insurrección será pacífica. Resulta un tanto preocupante el lenguaje mesiánico de la esperanza junto a la indignación, el odio, la lucha y la insurrección. En particular porque la Resistencia no fue una forma pacífica de insurrección sino de guerra contra el fascismo, de modo que el llamamiento a su recuerdo y su proyección sobre las causas del presente tiende a mezclar la insurgencia armada con la guerra y con la acción política pacífica. Esto explica su preocupante comprensión de las causas del terrorismo aunque defienda frente a éste la eficacia del pacifismo.

El mensaje de Hessel es sin duda mesiánico y se encarna en una visión de la historia humana como despliegue de la salvación en un futuro siempre amenazado: “el nazismo ha sido vencido, gracias al sacrificio de nuestros hermanos y hermanas de la Resistencia y de las Naciones Unidas contra la barbarie fascista. Pero esta amenaza no ha desaparecido totalmente y nuestra cólera respecto a la injusticia sigue intacta” (cit. 47). Y continúa: “No, esta amenaza no ha desaparecido del todo. De la misma manera, apelamos todavía a ‘una verdadera insurrección pacífica contra

los medios de comunicación de masas que no proponen otro horizonte para nuestra juventud que el del consumo, el desprecio hacia los más débiles y hacia la cultura, la amnesia generalizada y la competición a ultranza de todos contra todos'. A aquellos que harán el siglo XXI, les decimos, con todo nuestro afecto: **CREAR ES RESISTIR. RESISTIR ES CREAR**" (pp. 47-48). El enigmático llamamiento final parece señalar que la indignación es una forma de resistencia capaz de crear un mundo nuevo. Esto es, la movilización de una pasión negativa nos conducirá a la transformación del mundo.

El discursito de Hessel, que no pasará a la historia del pensamiento político por sus razones, constituye una muestra preocupante de la transición que algunos en la socialdemocracia, en este caso la francesa, han realizado desde el pensamiento político al lenguaje fantasmagórico de la ideología. Se hace un llamado imperativo a los jóvenes para que crean en un mito –la fuerza salvadora de la indignación– como vía hacia la creación de un mundo nuevo. Y se reviste este mito de la fuerza moral de la lucha contra el fascismo para que sea aplicado contra los nuevos males que nos acechan. El movimiento es preocupante en muchos sentidos. La indignación no es aquello que motiva la argumentación razonada o el debate político, sino una pasión irreflexiva que no viene adornada de virtudes para la acción política democrática. Indignación, señala el diccionario de la RAE, es enojo, ira, enfado vehemente contra una persona o contra sus actos. Indignar, por su parte, es enfadar vehementemente a uno. Vehemente, por su parte, es la persona que obra de forma irreflexiva dejándose llevar por los impulsos. Así pues, la indignación es un motivo para la acción pero movilizando un enfado airado que puede acabar en el odio hacia alguien. Esto es, en la antipatía y la aversión hacia alguna cosa o persona cuyo mal se desea. Que la acción política se alimente del odio hacia otros es preocupante y recuerda a ese fascismo que el propio Hessel combatió en su juventud.

Scruton, en su diccionario de pensamiento político ha definido el adoctrinamiento –*indoctrination*– no como la enseñanza o transmisión de una doctrina política sino como “la inducción de determinadas creencias o actitudes (...) mediante métodos no verdaderamente educativos y que impli-

can la eliminación de la razón y de la autonomía intelectual por parte del que las recibe”<sup>1</sup>. Cuando se conmina a los jóvenes a que se indignen se les exige que movilicen políticamente su odio contra personas o contra sujetos colectivos más o menos abstractos suspendiendo la discusión racional de los problemas. No parece ni muy educativo, ni a la altura de los ideales del ciudadano capaz de juicio político; y desde luego, no es la mejor manera de discutir ni de atender las cuestiones políticas contemporáneas.

Pero además, como toda política basada en la fuerza del mito (Sorel) y no de la discusión, la indignación puede dar lugar a movilizaciones políticas impredecibles, puramente emocionales, irracionales y de resultados siempre inciertos. La indignación puede ser un principio para la acción política pero al suspender la reflexión está abierta a la manipulación. Así, una paradoja del libro de Hessel es que estaba destinado a un público francés que debía indignarse contra una “sociedad de sin papeles, de expulsiones, de recelo hacia los inmigrantes (...) que pone en duda la jubilación, el derecho a la Seguridad Social [y en la que] los medios de comunicación están en manos de la gente pudiente”. En suma, los jóvenes debían indignarse contra la Francia de Sarkozy (también contra el Estado de Israel).

Sin embargo, en la edición española (febrero de 2011) José Luis Sampedro colocó un prólogo y una contraportada donde los motivos de indignación tenían un carácter menos francés y adquirirían un sabor más español: “las razones para indignarse pueden parecer menos nítidas o el mundo demasiado complejo”, pero siguen ahí, en la dictadura de los mercados, en el trato a los inmigrantes, a las minorías étnicas”, a lo que añade Sampedro en líneas resaltadas de la contraportada: “¡Indignaos! Hoy se trata de no sucumbir bajo el huracán destructor del consumismo voraz y de la distracción mediática mientras nos aplican los recortes”. Pero, ¿quién nos aplica los recortes? En el contexto español, el librito de Hessel adquiriría una significación ligeramente distinta. ¿Contra quién hay que indignarse en España? ¿Contra el Gobierno? ¿Contra el capitalismo? ¿Contra la oposición?

<sup>1</sup> Scruton, R. “Indoctrination” en *A Dictionary of Political Thought*, London, Pan Books, 1983. Pág. 219.

No deja de resultar paradójico que en Hessel el llamamiento a la indignación hace de los recortes sociales y de los medios de comunicación dos de los objetos en los que los jóvenes pueden encontrar inspiración para cargar su enfado. La indignación española nació el día 15 de mayo con la petición de una “democracia real” que nos libraría, siguiendo a Sampedro, de la dictadura de los mercados. Ahora bien, aquí el brazo ejecutor de tal dictadura era un Gobierno socialdemócrata y los medios, lejos de silenciar a los indignados, los propulsaron hasta colocarlos en el centro de la última campaña electoral.

Desde entonces, la acampada de Sol se ha ido desdibujando para pasar de una defensa de una imaginaria democracia real a un acoso real a las instituciones democráticas. Eso sí, la indignación se ha banalizado por falta de un motivo claro, moralmente indiscutible, que señale un culpable frente al que levantar la ira.

La forma en la que el movimiento haya influido en las elecciones municipales y autonómicas es imposible de determinar. Sobre todo porque el mensaje de Hessel, al ser traducido, podría extraviarse y llegar a la dirección equivocada. Esto es, la indignación contra el Gobierno de Francia podría llegar a convertirse en indignación contra el Gobierno de España.

### LOS MAESTROS DE LA INDIGNACIÓN

Por eso, en los últimos días de la campaña de las recientes elecciones municipales y autonómicas hubo algunos que se ocuparon de aclararnos el equívoco para dirigir la indignación en un sentido correcto. Así, el veterano militante del PSOE Gregorio Peces-Barba publicaba un artículo, firmado en su condición de catedrático, en la sección de opinión de *El País* (17/5/2011) con el título de “Reproche a los madrileños resignados”, donde hacía una arenga en favor de la indignación: “¡Madrileños, despertad!”, nos dice en las líneas finales. El texto venía inspirado directamente en el libro de Hessel que, nos dice, comunica “ideas para evitar el pesimismo ante la evitable victoria de la señora Aguirre y de sus correligionarios de la Comunidad de Madrid. No podemos resignarnos, sino que

debemos luchar sin descanso en defensa de nuestra dignidad, para evitar la catástrofe moral que supondría una derrota anunciada y soportada por unos madrileños que habrían dejado de luchar”. El tono de épica bélica de Peces-Barba remeda el lenguaje de la resistencia de Hessel, aunque aquí suenan juntos el alcalde de Móstoles convocando a la lucha contra el francés y la defensa de Madrid, rompeolas de las Españas, contra el fascismo.

Eso sí, líneas arriba nos señala con toda claridad quién es el enemigo sobre el que proyectar nuestra indignación: el Partido Popular, y nos aclara que en él ciertamente hay demócratas pero callan frente a los gritos de populistas y de integristas, como la presidenta de la Comunidad de Madrid, y nos recuerda que “no hicimos los socialistas ni la Transición, ni la Constitución (...) para facilitar el acceso al Gobierno de los antiguos franquistas a los sectores más conservadores y reaccionarios de la sociedad” (sic). De lo dicho se podría sacar la conclusión de que la democracia sirve para que gobiernen los socialdemócratas, pero no se nos explica qué pasa cuando ganan los adversarios. Resultaría interesante saber qué tipo de indignación produjo este artículo y contra quién fue dirigida.

Otro intento de dirigir la indignación en favor de la socialdemocracia fue el del periodista Iñaki Gabilondo. Éste lo hizo en sus intervenciones audiovisuales en la edición digital del periódico *El País*, en su sección “La voz de Iñaki”. La carátula que presenta el programa nos dice que “en un mundo acelerado, repleto de tensiones e incertidumbres, el periodista Iñaki Gabilondo aporta una mirada propia llena de serenidad y sentido común”. Como el tema era la indignación, la serenidad brilló por su ausencia en las intervenciones dedicadas a los que habían tomado las plazas los días 18, 19 y 20 de mayo. Es decir, los días inmediatamente anteriores a las elecciones (los fines de semana no se publica). En la primera nos pronosticaba enigmáticamente que los grandes partidos políticos tendrían que ser refundados a consecuencia del movimiento del 15 de mayo; en la segunda, bastante poco serena, nos decía que vivíamos tiempos extraordinariamente confusos y que le producía estupor que el Partido Popular interpretara la indignación como una respuesta a las políticas del Gobierno. Para que las cosas quedaran suficientemente claras, Gabilondo nos contaba que la culpa de la crisis económica que ha traído los recortes sociales a España era de

una ideología que conducía al desastre: el neoliberalismo. Y que esa ideología culpable tenía como representante en España al Partido Popular. De modo que siendo el PP el delegado en España de ese pensamiento que ha llevado al desastre, resulta inaceptable que considere que la indignación con el Gobierno está justificada. Es, nos decía Gabilondo, como si los que han envenenado un río produciendo millones de muertos reprocharan a los médicos el tratamiento aplicado a los enfermos y les tacharan de incompetentes ante los fallecimientos y, mientras tanto, continuaran con el envenenamiento. Como no podía ser menos, las serenas observaciones del 19 debieron de envenenar algo la relación de Gabilondo con su audiencia, de modo que tuvo que salir a explicar, el día 20, en un lenguaje menos explícito, que el pensamiento del PSOE debe ser redibujado “de arriba abajo” porque, insistía, el PP tiene una ideología: es heredero de la dinastía doctrinal de Thatcher y de Reagan que, con sus políticas, nos han llevado al desastre en el que estamos. Pero el PSOE no tiene ninguna porque, como nos señalaba, la Tercera Vía de la socialdemocracia, cuyo epígono era Tony Blair (sic), había sido vaciada de contenido por la derecha y, por tanto, debía ser abandonada.

Para Gabilondo nos encontramos en una batalla en la que se enfrentan, de un lado, el poder de la democracia, y, del otro, el poder de los grupos financieros. Por eso recomendaba al PSOE que volviera al campo de la claridad moral, la democracia, para enfrentarse en condiciones a la franquicia de la fuerza del mal, el PP representante del malévolo capital financiero.

Como resumen de las líneas precedentes podría decirse que la situación de la socialdemocracia es muy complicada. En el terreno político, por su pérdida imparable de poder. En el terreno ideológico, porque se ve impedida, allí donde mantiene el gobierno, a realizar políticas de ajuste que son impopulares y que van directamente contra su discurso de justicia social. Esto ha hecho que frente a la crisis, y alentados por la crítica de la extrema izquierda, se encuentren en la difícil tesitura de hablar el lenguaje del populismo de la lucha de clases y de hacer el tipo de políticas de contención de gasto y de recortes que quieren adjudicar a sus rivales liberales o conservadores. Es esto lo que explica su apresurado abandono de la Tercera Vía, para no asumir las responsabilidades de la gestión económica y lan-

zarse a un discurso cacofónico e impredecible que hace de la indignación su fuerza nutricia con peligro de acabar con su propia credibilidad como partido de gobierno.

## EL CARÁCTER REACCIONARIO DE LA SOCIALDEMOCRACIA

El acto que la Fundación Ideas celebró el pasado 8 de abril en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid con Wolfgang Merkel y Philip Pettit no fue un hecho aislado. Tal evento venía a culminar una serie de actividades con las que Ideas ha pretendido poner de manifiesto los peligros que se ciernen sobre la sociedad española en el caso de que el Partido Popular llegue al poder. El trabajo más ambicioso que la Fundación Ideas ha publicado para conseguir este objetivo ha sido el documento de análisis político que responde al nombre de “La España de Rajoy y Cameron”. El trabajo, que parece bien presentado y documentado, llega a la conclusión de que si Mariano Rajoy gana las elecciones de 2012 pondrá en marcha una “agenda oculta” orientada a desmontar el Estado de bienestar y convertir a España en tierra hostil para los más desfavorecidos. Ahora bien, el argumento pierde toda su fuerza y consistencia cuando el extenso análisis corona sus más de cincuenta páginas afirmando: “En realidad no sabemos si sería así, pero en todo caso, sería conveniente que lo aclarara, antes de solicitar la confianza de los ciudadanos”. Pero, ¿puede un análisis que se supone serio terminar con un “En realidad no sabemos si sería así, pero en todo caso, sería conveniente que lo aclarara...”?

Lo interesante de la afirmación “En realidad no sabemos si sería así, pero en todo caso...” es que pone de manifiesto que el análisis de la Fundación Ideas no busca convencer apelando a la seriedad de un análisis politológico, sino que pretende generar un estado de ánimo. Es decir, que más allá del debate sobre las cifras y políticas imputadas al proyecto del Partido Popular, que tanto monta si se ajustan o no a la realidad, lo que le interesa al *think tank* socialista es hacer un tipo de política menos técnica y más emocional difundiendo un mensaje de temor ante la llegada de los conservadores y su “agenda oculta” destinada a desmantelar el Estado de bienestar. Éste no es un detalle sin importancia, pues sintoniza a la perfec-

ción con el espíritu que presidió el acto celebrado en la Universidad Autónoma de Madrid. Un acto donde, como decíamos, tanto el profesor Merkel como su propuesta modernizadora para la socialdemocracia fueron relegados a un segundo plano ante Philip Pettit, la estrella de la prédica mesiánica que vino desde Princeton para señalar quiénes son los buenos y quiénes los malos en esta película.

Las referencias ideológicas que apuntaba la Fundación Ideas no carecen de importancia. Es más, resultaron premonitoras, pues la tónica que ha marcado el discurso que el PSOE ha esgrimido en las elecciones del 22 de mayo se ha basado completamente en el abandono de la opción modernizadora que representaba Wolfgang Merkel y en la adopción del discurso populista de Pettit. Un discurso en el que el único cometido de la política es señalar públicamente a los enemigos del pueblo, entendido éste como clase social, que no son otros que aquellos que están contribuyendo a destruir el Estado de bienestar. Un discurso en el que el único cometido de la política, para ser más exactos, ya no es gestionar y amortiguar el conflicto social sino exacerbarlo como recurso electoral. En este discurso, la continua referencia al Estado de bienestar no deja de tener su importancia, pues su defensa a ultranza como la arcadia socialdemócrata que la derecha está dispuesta a dismantelar ha convertido al discurso del PSOE en un discurso reaccionario.

Calificar de reaccionario al discurso de la izquierda española puede resultar chocante. Sobre todo porque el discurso reaccionario se ha asociado clásicamente a un discurso de derecha caracterizado por su tradicionalismo. No en vano, lo reaccionario se ha referido históricamente a aquello que aboga por el restablecimiento de lo abolido. Así, el *Diccionario de Política* de Norberto Bobbio define *reacción* como “todo comportamiento político que, oponiéndose a un determinado proceso evolutivo en acción en la sociedad, trata de hacer retroceder a la misma sociedad a estadios que dicha evolución había superado”<sup>2</sup>. Por tanto, los discursos reaccionarios son aquellos que van a remolque de la realidad, rechazándola y confrontándola con una situación pretérita que se presenta y legitima como una

---

<sup>2</sup> **Bianchi, G.** “Reacción” en Bobbio/Matteuci *Diccionario de política*, Madrid, Siglo XXI, 1983. Pág. 1392 (Vol. II).

edad dorada a la que es necesario volver. El discurso reaccionario nació a principios del siglo XIX, cuando los nostálgicos del Antiguo Régimen soñaban con su restauración en plena era del liberalismo político. Sin embargo, ahora que los socialdemócratas presentan el Estado de bienestar derivado del consenso de posguerra como una arcadía que se debe recuperar, no carece de sentido tildar al socialismo de reaccionario.

La idea de que la socialdemocracia puede ser un movimiento reaccionario no es nueva. La puso en circulación el sociólogo inglés Anthony Giddens, quien durante años fue asesor del ex primer ministro laborista británico Tony Blair. Giddens, en un libro, original de 1994, al que tituló *Más allá de la izquierda y la derecha*, lanzaba un mensaje premonitorio: el socialismo, que históricamente había abanderado el progresismo a través de la idea de historia como un proceso lineal hacia una sociedad igualitaria, había perdido las referencias futuras y se había convertido en reaccionario. Así lo expresaba el propio Giddens,

“¡Qué extraordinaria es, por tanto, la situación en la que se encuentran hoy los socialistas! Puesto que, incluso aunque estuvieran completamente en desacuerdo entre ellos sobre cómo sería la sociedad futura, los socialistas compartirían la convicción de encontrarse en la vanguardia de la historia. A su juicio, los demás, o bien miraban hacia atrás, como los conservadores, hacia formas sociales que el mundo no iba a volver a ver, o bien, como los liberales, defendían tipos de orden social y político que no eran sino etapas en el camino hacia la emancipación total. Con la caída del comunismo, aunque, desde luego, no sólo a causa de ella, todo esto se ha venido abajo. Acostumbrado desde hace mucho tiempo a considerarse la vanguardia, el socialismo se ha vuelto repentinamente arcaico, sepultado en el pasado que antes despreciaba. La idea de enterrar el socialismo –se ha dicho– es una fantasía de algunos políticos conservadores. Pero quizá la fantasía se haya hecho real”<sup>3</sup>.

La reivindicación de un Estado de bienestar fuerte es la idea sobre la que se organiza el discurso de respuesta a la crisis que está enarbolando el PSOE. Del mismo modo, acusar al Partido Popular de querer dismantelar

<sup>3</sup> Giddens, A., *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Madrid, Cátedra, 2001. Pág.59–60.

el Estado de bienestar a costa de las clases más desfavorecidas se ha convertido en el lugar común de la crítica al PP. Jesús Caldera, vicepresidente de la Fundación Ideas, señalaba en un artículo publicado en *El País* que “...el líder del PP tiene una agenda oculta de recortes. Siguiendo el modelo británico, volvería a la economía especulativa con un Estado de bienestar cada vez más debilitado”<sup>4</sup>. La continuidad de este tema más allá del 22-M se hace patente en las intervenciones de líderes socialistas. José Blanco, actual ministro de Fomento, repite constantemente que el Estado de bienestar está en el “punto de mira” del PP. De igual modo, la principal arma electoral que esgrime Alfredo Pérez Rubalcaba en su carrera hacia La Moncloa es acusar a Mariano Rajoy de querer “podar el Estado de bienestar”.

Lo curioso es observar cómo esta defensa a ultranza del Estado de bienestar ha llevado al socialismo a un ejercicio de redescrición de la historia de las políticas del bienestar y, en última instancia, del mismo socialismo. Cancelada la posibilidad histórica de sostener el relato mítico de emancipación de la humanidad, que se sustanciaba en la conquista futura de una sociedad radicalmente igualitaria, el Estado de bienestar se ha convertido para el imaginario socialista en el producto más parecido a un Estado de máxima igualdad y oportunidades para los individuos. Así las cosas, los socialistas han reconstruido la narrativa histórica del socialismo dando la vuelta al relato clásico. La sociedad igualitaria ya no está en el futuro, sino que fue alcanzada en el pasado a través del consenso de posguerra y lo que toca es defenderla contra sus enemigos naturales: los empresarios, capitalistas, banqueros, etc.

Hágase notar, por tanto, que el socialismo clásico estaba fundado sobre el concepto de progreso, y la sociedad igualitaria comunista era la estación final de la historia. En cambio, la socialdemocracia posmoderna ubica el fin de la historia en el pasado, en la sociedad que gestó el Estado de bienestar, y que considera la gran contribución de la izquierda a la historia del igualitarismo. Lo que no cambia, en cualquier caso, es el reparto de actores: tal y como Marx afirmó en *El Manifiesto Comunista* de 1848, el motor de la historia sigue siendo la lucha sin cuartel entre opresores y oprimidos.

---

<sup>4</sup> “La España de Rajoy y Cameron” en *El País*, 08/04/2011.

Si tenemos que rastrear en el ideario del PSOE muestras de esta asimilación entre socialismo y Estado de bienestar, no tenemos por qué remontarnos demasiado lejos en el tiempo. Será suficiente con que vayamos al año 2002 y leamos un fragmento del prólogo que José Luis Rodríguez Zapatero firmó para el libro de Jordi Sevilla y en el que puede verificarse hasta qué punto el socialismo ha escrito de nuevo la historia de las instituciones del bienestar para convertirlo *ex post facto* en su obra más querida. En ese prólogo Zapatero afirma que “El Estado del bienestar fue creado por partidos parlamentarios que en sus doctrinas defendían la superación del capitalismo a través de la revolución social”<sup>5</sup>. Aunque parece claro que la intención de Zapatero en esta frase era vincular históricamente a la izquierda radical con el proyecto del Estado de bienestar, nada podía estar más lejos de la realidad.

Los partidos que defendían la superación del capitalismo a través de la revolución social siempre vieron en el Estado de bienestar una nueva forma de organización política a través de la cual la burguesía consolidaba su posición hegemónica. Pero el socialismo no ha acertado a dar con el origen del Estado de bienestar ni en el pasado, cuando lo denostaba como obra burguesa, ni en el presente, cuando lo presenta como su producto más acabado. En concreto, el Estado de bienestar no fue un proyecto de las clases obreras organizadas, ni una conspiración de los capitalistas para galvanizar su dominio sobre el proletariado. Al contrario, fue un proceso gradual en el que partidos de diferente signo ideológico contribuyeron –entre ellos los socialistas de ideario reformista, que no revolucionario– en un proceso de búsqueda de soluciones a los problemas sociales de la posguerra.

A mayor abundamiento, lo que determinó el denominado consenso de posguerra, que significó la práctica aceptación por todas las democracias occidentales de un modelo en el que el bienestar de los ciudadanos era una de las obligaciones principales de los Estados, fue el afán por superar el conflicto ideológico y social del periodo prebélico. Tal y como hemos puntualizado en otro lugar, es importante señalar que este compromiso con la política de bienestar por parte del Estado no era privativo de ninguna ideología ni de partido

---

<sup>5</sup> Zapatero, J. L., “Prólogo” en Sevilla, J., *De nuevo socialismo*, Barcelona, Crítica, 2002. Pág. VIII.

alguno. Es más, mientras sus raíces se encontraban en el armonicismo social-cristiano y su lucha contra la división de la sociedad a través del conflicto de clases, el socialismo radical y los comunistas lo criticaron duramente por considerarlo el opio que había de acabar con la lucha de clases y, por ende, con la revolución<sup>6</sup>. El ejemplo británico resulta ilustrativo de lo que quiero explicar.

En el Reino Unido, la única potencia europea que no fue derrotada en las dos guerras mundiales y cuyo sistema democrático no había caído en descrédito, el Estado de bienestar nace con la era del “consenso de posguerra”. Esta era se inició en 1945, con la aplastante victoria del laborista Clement Atlee, y termina con la elección de Margaret Thatcher como primera ministra en 1979. En este periodo tanto los laboristas como los liberales y los conservadores asumieron como parte innegociable de su programa que el intervencionismo del Gobierno –sustanciado en medidas como una economía mixta, servicio de salud universal, prestaciones por desempleo, pensiones, etc.– era necesario para proporcionar mayor estabilidad y cohesión a la nación. Ahora bien, lo que merece la pena señalar es que si bien el impulso al Estado de bienestar corrió a cargo del gabinete del primer ministro laborista Atlee, sus ideólogos principales fueron William Beveridge, quien lo diseñó en sus informes de 1942, y John Maynard Keynes, ambos miembros del histórico *Liberal Party*. Más aún, el modelo no sólo fue diseñado por los liberales e implementado por los laboristas, sino que el partido que durante más tiempo sostuvo el modelo de bienestar en la época del consenso de posguerra en el Reino Unido fue el conservador. No en vano, el conservadurismo británico aceptó el modelo en su *Industrial Charter*, en 1947, y mantuvo su promesa de no modificarlo en los casi dos tercios de gobiernos conservadores que registró la era del gran consenso de posguerra.

Por tanto, la construcción del Estado de bienestar no responde al proyecto histórico de profundización en la igualdad que amparaba el socialismo, sino que es, más bien, una respuesta pragmática y transideológica que buscaba solucionar los problemas sociales de una época concreta. El sociólogo nor-

---

<sup>6</sup> **Rivero, Á.** “La crisis de la socialdemocracia” en *Cuadernos de Pensamiento Político* N° 27 (2010) Págs. 103–104

teamericano Daniel Bell denominó a este acuerdo “el final de la política ideológica” en su libro *The End of Ideology*. Es más, Giddens, quien en 1994 consideraba ya que el proyecto del Estado de bienestar era un programa de gobierno caducado, incide en que la sociedad del bienestar, con su énfasis en la cohesión y la solidaridad nacional, constituía uno de los últimos capítulos del proceso histórico de construcción del Estado nacional. Proceso al que, como es sabido, no todas las ideologías socialistas contribuyeron con la misma alegría dada su clásica pulsión internacionalista. Menos aún los “partidos parlamentarios que en sus doctrinas defendían la superación del capitalismo a través de la revolución social” de los que habla Zapatero.

Creemos que la alusión a la historia inglesa de las políticas de bienestar es interesante. Lo es dado que la Fundación Ideas ha asimilado el proyecto de gobierno de Rajoy al de Cameron. Lo es porque el laborismo inglés, a través de Giddens, ya había acusado la disfuncionalidad del Estado de bienestar. Y lo es, en última instancia, porque buena parte el éxito del *premier* británico David Cameron se ha basado en decir alto y claro que el Estado de bienestar es incapaz de seguir ofreciendo las prestaciones sociales que hasta la fecha solía. ¿Es responsable, por tanto, un discurso como el de la izquierda española que desafiando a la realidad promete más Estado de bienestar como instrumento de salida a la crisis?

Lo que no parece responsable, desde luego, es responder a las enfermedades políticas del siglo XXI con las recetas médicas de 1945. La crudeza del escenario actual exige un ejercicio de realismo basado en la “*verità effettuale della cosa*”, que diría Maquiavelo, que lleve a políticos e intelectuales a un debate serio sobre cuál es la sostenibilidad del sistema de bienestar actual que hemos heredado del consenso de posguerra y cuáles son sus alternativas. Este debate es tan necesario o más que cualquier otro, precisamente porque los servicios públicos son vitales para el mantenimiento de la cohesión social, cuestión de primera importancia para la tradición conservadora. Concebir un enfoque alternativo de prestaciones sociales ya no es una opción ideológica –como podía serlo hace una década– sino una necesidad. Pero lo que no beneficia a esta empresa es la adhesión dogmática a un sistema de prestación de servicios que ha dejado de ser funcional a través de la recreación de la historia del socialismo.

La ideología, en su acepción más sana, debe entenderse como una constelación de ideas que son la condensación de la experiencia política. A saber, son la condensación de un saber empírico y, por tanto, son buenas como guías para la acción política. De este modo, la experiencia se convierte en ideas. La ideología, en su versión más perniciosa para las sociedades, supone un estilo de entender la política que se desarrolla con independencia de la experiencia y en función de un patrón ahistórico. En este caso, las ideas tratan de convertir la realidad. En el abanico de formas de entender la socialdemocracia con las que contaba la Fundación Ideas para dar forma al discurso del PSOE, la primera acepción de ideología la encarnaba Wolfgang Merkel. Pero al rechazar la profundización en el espíritu progresista a la par que pragmático, acomodador y modernizador que encarnaba Merkel como representante de la tradición de la Tercera Vía, el PSOE se ha echado en brazos de la segunda acepción de ideología: el discurso reaccionario que encarna Philip Pettit. Un discurso que haciendo abstracción de las condiciones de la realidad enciende el conflicto social y arenga a sus seguidores a conquistar, ya no el futuro, como en el socialismo clásico, sino el pasado, el mundo del consenso de posguerra, donde ahora reside la nueva arcadia de la socialdemocracia.

### PALABRAS CLAVE

Socialdemocracia • Socialismo • Estado del Bienestar • Formas actuales del pensamiento antiliberal

### RESUMEN

En este artículo hemos querido señalar la difícil situación ante la que se encuentra la socialdemocracia española. Primero, porque debe responder a la pregunta agónica sobre si la socialdemocracia debe perseverar en un programa de modernización propio de la Tercera Vía o regresar a un discurso populista y de clase. Segundo, porque se ha unido un fenómeno mediático de perfiles antipolíticos frente al que no sabe cómo reaccionar maximizando su ganancia.

### ABSTRACT

*We have tried to describe in this article the complicated situation faced by Spanish Social-Democracy. In the first place, because it must answer the agonising question of whether Social-Democracy should persevere in a modernising programme characteristic of the Third Way, or return to a populist class discourse. In the second place, because a media-feeding phenomenon with an anti-political profile has emerged before which they do not know how to react, thus maximising their gains.*